En un vasto dominio

Este vasto dominio que Vicente Aleixandre[1] resume en uno de sus libros más extensos y complejos, es el del hombre. O mejor: el de lo humano, lo que sólo los hombres todos pueden vivir, según afirmación goethiana. Es el dominio, el mundo de la materia humana, la materia cósmica y única, total, en su constitución de vida humana. Porque todo el mundo, esa unidad cósmica asumida por el poeta en sus grandes libros anteriores, no es sino materia única que se *incorpora* —esto es: se hace cuerpo— a distintas formas de vida: geología gigante, vastedad selvática, inmenso mar, enorme o diminuto latido zoológico. Y hombre.

Este libro es la *incorporación* (*incorporaciones* se titulan algunos de sus apartados o capítulos, como les llama el poeta, y luego volveremos sobre esta denominación) de la materia a vida humana. Y la *incorporación* de esa materia a vida social e histórica.

La materia emerge como vida humana —es lo que se escucha al fondo de este libro— pero es única, y si la vemos en un ser individualizada, en un hombre que contempla la noche sobre la ciudad, podemos percibir que cada movimiento de aparente independencia repercute en el común oleaje vivo. Porque un cuerpo no es sino parte del inmenso cuerpo, de la inmensa materia que viene del fondo del existir y que es la misma en los seres de remotos siglos que en

---

[1] Editorial *Revista de Occidente*. Madrid, 1962.

éstos que ahora somos. Materia sin edad o con una sola edad: la del hombre.

Como para el árabe español del panpsiquismo cada alma no era sino el latido pequeño de un alma total, para Aleixandre cada cuerpo no es otra cosa que el reborde erguido de una única materia. Desde *Pasión de la tierra* vamos, pues, a recorrer un largo y no contradictorio camino: de la totalidad cósmica a la totalidad humana, y el ser humano, que ya se puso en pie con vocación solidaria en *Historia del corazón*, pone en movimiento, en el curso de estos poemas —toma conciencia—, sus órganos y posibilidades, transformándose sus sentidos, sus funciones naturales, en el devenir histórico. El ojo, la mano, la sangre, la pierna, la oreja, la cabeza, la boca, el acto fisiológico de comer (el vientre), la función reproductora (el sexo). El brazo, por ejemplo, considerado como una herramienta, nos hace sentir poéticamente, nos transforma en poesía aquello que Marx llamó la incorporación de los órganos vivos a soportes naturales de actividades humanas. El poeta nos sugiere todo el mundo que pone en movimiento el esfuerzo del brazo y cómo de él surte la mano que halla otra y, estrechándose, forman el confín vivo de la tierra: «el mundo, hijo del brazo».

Lo dicho implica algo: la asociación de esos brotes individualizados de materia viva, la consideración de esa materia como vida colectiva. Y el poeta nos lo hace sentir en sus poemas a un pueblo, un pueblo español, concreto, enclavado en las alturas carpetanas. Desde

esas cumbres, nos saludan un pastor, un campesino, un bracero que cava con ahinco, «como si oyese al otro extremo el golpear de otra azada» y las herramientas fueran a unir el mundo de un lado a otro. Porque el paisaje que se canta no sólo con belleza, sino con fervor, jamás olvida al hombre. Tanto, que si en un árbol apoya su espalda esta madre campesina, el árbol es «un instante sagrado». Otras veces se humaniza el paisaje o se le da vida animal: «las casas como animales tristes». Y acuden al poema los quehaceres agrícolas, las tradicionales costumbres de la colectividad, la estupefacción del tonto, sombra humana, la inmovilidad del obrero parado, en la plaza, con su testa campesina que pudo ser modelo para *Breda* o para *Los borrachos*. Y la muerte: el trozo de campo donde reposa una materia inmóvil que tuvo nombre y apellidos.

En estos poemas el poeta no canta abstracciones, no inventa —lo que hubiera sido fácil a su rica imaginación— un pueblo activo, no acumula sobre él la luz cegadora de sus imágenes: sencillamente, lo pinta, lo describe —empleemos el verbo que cuadra— de observación directa. Hemos atravesado varios veranos con Vicente Aleixandre el puerto de La Morcuera; con él hemos recorrido las calles de Bustarviejo, nos hemos sentado a descansar frente al valle de Rascafría, le hemos contemplado mientras sus ojos —los azules y altos ojos del poeta— vagaban por el campo de Miraflores. Ahora leemos estos poemas —*El pueblo está en la ladera*— y no es sólo reconocer el panorama lo que hacemos, es volver a vivirlo.

En este libro que antes he calificado de complejo, Aleixandre actúa mucho por contrastes: el ente individual y el ente social, el tiempo pasado y el de hoy, vida pintada y vida vivida. Hay un contraste más: «ciudad viva, ciudad muerta». Título que se me antoja ambivalente: tanto para la contraposición del pueblo (colectividad natural y fecunda) y la ciudad (corrupción de una sociedad burguesa), como para la contraposición, dentro de esa burguesía caduca, de su exterioridad brillante y su interior podrido. Una veta sarcástica, que no desmiente la mano del poeta pero que sólo aflora en su obra de tarde en tarde, acude a estos poemas. Es inevitable el recuerdo de *El vals* y su humor corrosivo. Hace años que centré en este extraordinario poema de *Espadas como labios*[8] la trascendencia social de buena parte de la poesía de Vicente Aleixandre en sus primeros libros, matiz que muchos han querido limitar a la exaltación por contraste de la pureza primigenia frente a lo artificial e impuro, lo cual es cierto, pero no lo es menos que por ese resquicio se abrió el camino de la rehumanización y, en último término, de la comprensión solidaria de la poesía, todo lo cual, después de poemas como *En la plaza* o *El poeta canta por todos* (de *Historia del corazón*), por ejemplo, o de *Para quien escribo*, puesto como prólogo de este nuevo volumen, no permite dudas.

Lo que busca el poeta en los restantes capítulos de *En un vasto dominio* es cantar al hombre —esa materia

[8] PSA, n.º XXXII-III. Nov.-Dic. 1958.

emergida como vida y asociada en comunidades– a través de distintas vicisitudes históricas, mediante los contrastes temporales a que antes me referí: ayer y hoy, lo muerto y lo vivo, lo recordado y lo presente, evocación y realidad. Esto lo vemos en sus *Incorporaciones temporales* y en sus *Retratos anónimos*. Reconstrucción de la vida en el pasado y constatación de su continuidad en otras formas sostenidas por la misma *materia*. Los cuadros de Velázquez sufren, por ejemplo, ante la pupila del poeta, una movilización de sus personajes –*Los borrachos*– o evidencian la profundidad, la dimensión honda de la existencia *(Las meninas)*. La intimidad familiar de Lope de Vega en su casa de la calle de Francos, o la de Cervantes en Esquivias. Y en todo, en la vieja señora que simbólicamente puede ser la vida pasada, en las mozas lavanderas de los ríos, en las piedras de un castillo-palacio, en la quietud letal de algunos pueblos, la realidad viva, tocada de humana huella, pone su continuado esfuerzo, su «injusta lucha por vivir».

Eso son los *Retratos*, en su alternación de *óleo* y *vida*. Óleo, que pudo ser un cuadro del XVII o del XVIII no concretado –salvo en el caso del *Niño de Vallecas*– y su contrafigura en un ser del presente; el personaje inmovilizado y con cierto empaque, y su correspondencia en la realidad actual de cada día, en su modesta realidad sencilla. Un hombre, una mujer, una anciana, un niño, un caballero. El *Niño de Vallecas*, que no tiene contrafigura, podría hallarla en otro poema de este libro: el que describe al pobre tonto de Miraflores.

Pero también los *Retratos* son elegías de vidas que se fueron, aunque la continuidad de la materia las haga sobrevivir hacia el destino asumido en común por la especie humana. Y son estos *Retratos,* por otra parte, en relación con otro libro de Aleixandre: *Los encuentros,* narraciones de vidas —en *Los encuentros,* verdaderas, aquí posibles—, con amorosa comprensión y profundidad psicológica.

En las situaciones históricas de la vida humana no podía faltar, tratándose de un poeta con tan amplia obra de este signo, el trance amoroso. La pareja de amantes permanece, única, al margen de la vida y a la vez centro mismo de ella: «Sobre un fondo purísimo de silencio absoluto / la pareja en la noche / aquí está o aquí estaba o estará o aquí estuvo».

Hay otra zona viva, otro poema, que, ni por su importancia ni por su motivo, puede omitirse al comentar el volumen. Se titula: *Historia de la Literatura.* Afirmación vital de la continuidad de la voz del poeta, relevándose en el tiempo, y afirmación moral de que el poeta es una conciencia puesta en pie. Mas, paralelamente, se encierra en el poema una poética de la que cabe extraer como consecuencia que es la vida, la vida cierta y tangible, lo que constituye la materia de la poesía. (Para los superrealistas, la materia de la poesía, en gran parte, fueron los sueños. Aleixandre cultivó el superrealismo como el que mejor. Pero en tan trascendental movimiento se encerraba, con sus contradicciones, esa posibilidad rehumanizadora que Aleixandre —como otros superrealistas evolucionados—

ha sabido llevar a sus más efectivas consecuencias. El proceso es interesante y ejemplar, pero su estudio excede de la intención y de las posibilidades de este artículo.)

El libro termina y el ciclo se cierra, vinculándose su *Epílogo* al poema inicial *Materia única*. El mundo todo es materia única, de la cual nacen las vidas y a la cual vuelven, fundiéndose en ella. Por eso las vidas humanas, que individualmente son irrepetibles, así consideradas se hacen múltiples y repetidas, y en los seres que hoy vemos van implícitos los que dejaron hecha historia. Todo es un mar único: «Ardiente la materia / sin consunción desborda //: el tiempo...» «Todo es materia: tiempo, / espacio; carne y obra...» «...Moja / tu mano, tienta, tienta / allí el origen único».

Este poema inicial –*Materia única*– es uno de los que yo señalaría como poemas-clave del nuevo libro aleixandrino –sin que ello quiera decir que no haya otros de su altura– y que son: *Para quien escribo, Materia humana, Bomba en la Ópera, Antigua casa madrileña.*

El primero ratifica la antigua vocación mayoritaria de la poesía aleixandrina. Como *El poeta canta por todos*, el poeta escribe para todos: incluso para los que no leen, para los que no saben ni pueden. Con todos se solidariza por el solo hecho de existir, porque existir es una aventura en la que todos somos compañeros y la palabra del poeta está –pre-está– en los corazones y en las bocas de todos los hombres.

Materia humana hace emerger la vida de esa materia total que es *materia única* –repitamos–, sentido de este ciclo poético alcixandrino, según he intentado poner de manifiesto.

Bomba en la Ópera centra la zona de poemas de buidez sarcástica, donde bullen unos hechos sociales ambientados, para mayor resalte de su decrepitud, de su injusto anacronismo, en un escenario finisecular. Es un poema perfecto, de construcción prodigiosa, donde se mezclan realidad y ficción, donde los muertos son muñecos de trapo porque los seres ínsitos en esa sociedad son monigotes a veces grotescos, a veces injustos. Después de la burla, la bomba; después de la muerte ridícula, una música que sigue sonando sola, misteriosamente, y un ataúd inmenso que boga por lo oscuro.

Antigua casa madrileña representa para mí, a la perfección, los poemas en que el poeta ha querido contraponer pasado y presente, superados por la continuación de la materia en el existir. Tiempo e historia se han acumulado en una vieja casa que alza sus paredes como una frontera tras la cual queda la vida. La pequeña ventana sirve no de comunicación y sí sólo para cumplir «el destino animal de echar aliento». Se adivina el vivir claustral de una sociedad, la española del siglo XVII, sometida a la presión religiosa, en la que la vida era «alma sombría». Tal vez tras las rejas –inevitables y simbólicas rejas de la vida española– miraron unos ojos enamorados de mujer. Entre los hierros, sólo signo visible de vida, unas

flores. Como en una mutación teatral, el tiempo pasa y otra –la misma– mujer vive dentro y cuida las macetas. Pero es una vida activa, una humilde vida trabajadora. Las viejas casas nobiliarias del Madrid de los Austrias no están habitadas ya por sus dueños de antaño, ocupantes actuales de modernos barrios residenciales, y los aposentos de damas de alcurnia se alquilan a las humildes gentes. La vida pasa sobre todo ello y una mujer alienta –sigue alentando– tras los muros.

Hay mucha *narración* en este libro de Aleixandre, y una línea no sé si deliberada de objetividad hasta la supresión del *yo*. La persona del poeta no aparece jamás; es su experiencia la que narra y describe. Puede interpretarse la voluntariedad de esta línea atendiendo al dato de la denominación de las partes del volumen como *capítulos*, novedad en un libro de poemas y probable expresión del deseo de una supremacía de lo narrativo sobre lo puramente lírico.

Por otra parte, se pone mucho en juego la técnica, ya empleada por Aleixandre, que llamaríamos cinematográfica, en la que van apareciendo primeros planos de múltiples detalles. En la persona humana: una mano, una mirada, un pliegue del rostro, el brazo que surte como en la escultura de la masa de materia, lenta y suavemente desde el hombro. Y en el paisaje: el pueblo, como despeñado, para quedar detenido al borde del abismo.

Claro que también hay momentos de gran belleza lírica y no sólo belleza en la descripción, sino en la

interpretación, en la compenetración con el tema, como los maravillosos endecasílabos de un poema al sexo, en la más cautivante línea de *La destrucción o el amor*. O como las infinitas delicadezas en los poemas para el oído, que escucha el tañido del mundo, para la boca, que a besar y a morir dispuesta se abre, o para la cabeza, el laberinto más noble de la materia. Y es en los temas arriscados donde el poeta da la medida de su capacidad, como aquí Aleixandre cuando convierte en tema radicalmente poético el vientre humano; no en lo que vientre femenino tiene de creador, sino en lo que todo vientre tiene de tierra nutricia del cuerpo.

Repitamos: descripción objetiva y minuciosa, y ciertamente realista. Pero una capacidad de poeta ricamente imaginativo, sorprendentemente sugeridor, que no puede frenar aspectos en que la realidad no es sólo copiada, sino creada, recreada, intuida, adivinada. Ahí está una mano sobre una mesa. Mano obrera que descansa en la tabla, y ved cómo a ésta le crece un fondo de árbol y serranía: la tabla mata al árbol, como también la mano fuerte y rugosa nace matando a la tierna manecita infantil. O ahí están los jugadores de naipes en un casino provinciano, su lento tedio intemporal traducido en el día y la noche que se suceden cada vez que uno alza o deja caer su naipe.

De aquí que la abertura hacia lo narrativo no dé paso nunca a lo prosaico. Porque también lo impide el lenguaje, muy cuidado, y la imagen que, a veces, surge como una visión en medio de la descripción realista. Y es que en el uso de la imagen, el magistral empleo

del superrealismo por parte de Aleixandre no ha desaparecido del todo en sus libros de expresión más directa. «La madre que empieza en el pie diminuto de su hijo», en cuanto al mecanismo que utiliza el primer impacto de la visión, o «alguien micciona un agua amarillenta», en cuanto a la acritud de los términos, son rastros persistentes.

Tampoco se trata del único contacto del estilo de este libro con los primeros del poeta. Puede, asimismo, comprobarse una vuelta al mayor empleo de la *o* ambivalente, que ahora incluso aparece triplicada en su función asociativa o identificadora, ¿por qué? Acaso porque no es, como antes, soporte de una imagen visionaria, asociación insólita y subconsciente, ramalazo fúlgido. Ahora es unión de ideas, relación entre evocaciones conscientes. No surge como un ramalazo sino como una serena contemplación. Antes era luz quemante primero que iluminadora —aunque fuera iluminadora también. Ahora es, primordialmente, comprensión que ilumina y viene enriquecida por matices no sólo intuitivos y apasionados, sino reflexivos y de vastos saberes.

Claro que todo esto no es privativo del libro actual; se inicia en *Historia del corazón*, pero aquí se corrobora y tal vez se acrece. Véase sino cómo puede traerse a título de ejemplo esa lección de biología que el poeta infunde de savia poética, pormenorizando la forma en que la sangre sube, ya fatigada, después de haber movido la actividad laboriosa del hombre, buscando a ciegas la fuente, el manantial de luz, de vida: el fresco

pozo donde lavar su oscura túnica y poder resurgir clara y fecunda.

Otros elementos peculiares de la poesía aleixandrina, ya estudiados por sus críticos mejores, dan a este libro, al darse en él cita, una perfecta cohesión con toda la obra precedente. Y, sin embargo, el poeta no se repite. Es muy frecuente que un autor, obsesionado con sus preocupaciones, encariñado con sus procedimientos, reincida de un libro a otro, de suerte que puede llegar a crear cierta sensación de cansancio. Vicente Aleixandre, no. Si consideramos, como ya se ha hecho, dos grandes zonas en su obra: la que comprende los libros hasta *Sombra del Paraíso* y la de *Historia del corazón*, es claro que el nuevo volumen se situaría en la segunda. Pero con grandes diferencias. Se trata de un libro de visión mucho más objetiva —ya lo he señalado—, un libro antirromántico, donde los sentimientos del poeta, que están, sin duda, hondos, no aparecen visibles sino replegados para despejar el panorama de una serie de constataciones reales. La poesía romántica conduce sus lamentos o sus clamores hacia la interrogación sobre la vida; esta poesía no pregunta: constata. El *yo* no es, ni mucho menos, su centro; su centro es la materia hecha vida humana, permanente y única.

La expresión de *En un vasto dominio* se mantiene asequible, sin merma de su calidad ni de su belleza. Siempre fue virtud de Aleixandre —virtud de gran poeta— acertar con la palabra exacta: el adjetivo justo, el adverbio insustituible. En este libro, por ejemplo, la elección de un verbo puede bastar para dar el tono de un poema:

«*alquiló* el brazo joven», dirá; o bien: «*se arrendó* para la siega».

Libro de alto bordo, poesía mayor, obra muy macerada en largas meditaciones, como nacida de una serena y noble contemplación de la vida. Todas sus páginas efunden ese halo comprensivo, ese noble acercamiento a las cosas y a los seres. Y esa convicción de totalidad del mundo en la materia creativa que gira en el cosmos y que misteriosamente cobra temblor humano y es vida, múltiples vidas, individuales vidas compañeras de una misma y radicalmente trágica aventura.

LEOPOLDO DE LUIS

Rodán, 12
Madrid.